

tales en pecados exteriores manifestos, feos y deshonestos; porque esos concóense mejor, y échanse mas de ver, y por ahí viene el hombre á entender el otro mal que tenia de secreta soberbia que él no entendia; y así no le buscara remedio, y se perdiera: y con la caída manifesta concócelo, y humillado delante de Dios hace penitencia de lo uno y de lo otro, y alcanza remedio para ambos males. Como lo vemos en san Pedro, que por la caída exterior y manifesta vino á conocer la soberbia oculta que habia tenido, y vino á llorar y hacer penitencia de ambos pecados; y así le fue provechosa la caída. Lo mismo le aconteció á David, y así dice él: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas.* Psalm. cxviii, v. 71. Señor, caro me costó, yo lo confieso; pero bueno ha sido para mí el haberme humillado, para que aprenda cómo os tengo de servir de aquí adelante, y cómo tengo de desconfiar de mí. Así como el sábio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde, no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes exteriores del cuerpo, para que mejor se pueda curar; así el Señor, para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes, las deja caer en culpas graves y exteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro. Palabra es esta

que Dios hace en Israel (1), que á quien quiera que la oyere le retiñarán las orejas de puro temor. Estos son los grandes castigos de Dios, que solo oírlos hace temblar las carnes.

Pero al fin, como el Señor es tan benigno y misericordioso, no usa con el hombre de este castigo tan riguroso, ni de este medio tan desdichado y lamentable, sino habiendo usado de otros medios mas fáciles y suaves, primero nos envia otras ocasiones y otras medicinas y remedios mas blandos, para que nos humillemos; unas veces la enfermedad, otras la contradicción y murmuración, otras la deshonra, y que caiga uno de su punto. Y cuando estas cosas temporales no bastan para humillarnos, pasa á las espirituales. Primero á cosas pequeñas, y despues permitiendo tentaciones ricias y graves, y tales que nos lleguen hasta ponernos en un hilo, y hasta persuadirnos ó hacernos dudar si consentimos, para que así vea y experimente uno bien que por sí no las puede vencer, y conozca y entienda por experiencia su flaqueza, y la necesidad que tiene del favor divino, y desconfie de sus fuerzas, y se humille. Y cuando todo eso no basta, entonces viene esa otra tan fuerte y costosa cura de dejar caer al hombre en pecado mortal, y que sea vencido de la tentación. Entonces viene ese botón de fuego del

(1) Jerem. ix, 3; I Reg. iii, 11.

infierno, para que siquiera despues de haberse quebrado los ojos caiga el hombre en la cuenta de lo que es, y se acabe de humillar, ya que por bien no quiso.

Pues por aquí se verá bien cuánto nos importa ser humildes, y no fiar ni presumir de nosotros; y así cada uno entre en cuenta consigo, y vea cómo se aprovecha de las ocasiones que Dios le envia, para humillarse como padre y médico piadoso, para que no sean menester esos otros remedios fuertes y tan costosos. Castigadme, Señor, con castigo de padre, curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con cuantas humillaciones fuéreis servido, y no permitais que yo caiga en pecado mortal. Dad, Señor, licencia al demonio para que me toque en la honra y en la salud, y me ponga como otro Job, II, v. 6: *Verumtamen animam meam servo*; pero no le deis licencia para que me toque en el alma (1). «Con tal que no os aparteis Vos, Señor, de mí, ni permitais que yo me aparte de Vos, no me dañará cualquier tribulación que venga sobre mí, sino antes me aprovechará para alcanzar la humildad de que Vos tanto os agradais.»

(1) Thom. de Kempis.

## CAPÍTULO XL.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

Cuenta Severo Sulpicio y Surrio (1) en la vida de san Severino abad, de un santo varón muy señalado en virtudes y milagros que sanaba enfermos, echaba demonios de los cuerpos, y hacia otras muchas maravillas; por lo cual acudían á él de todo el mundo, y le venían á visitar señores de título y obispos, y tenían por gran dicha poder tocar sus vestiduras, y que les echase su bendición. Con estas cosas sentia el Santo que se le comenzaba á entrar alguna vanidad en su corazón. Y viendo por una parte que no podia estorbar el concurso del pueblo, y por otra que no podia librarse de aquellos pensamientos importunos de vanidad, afligíase mucho; y poniéndose un día en oración, pidió á Nuestro Señor con mucha instancia que para remedio de aquella tentación, y para que él se conservase en humildad, permitiese su Majestad y diese licencia al demonio que entrase en su cuerpo por algun tiempo, y le atormentase como á los otros endemoniados. Oyó Dios su oración, y entra el demonio en él, y era cosa de espanto y admiración ver á aquel á quien solian poco antes traer los endemoniados para que los curase, atado con cadenas

(1) Sever. Sulp. dialog. 1, § 14; Sur. die 8 Januar.

como furioso y endemoniado, y ser así llevado á que hiciesen sobre él los exorcismos y todo lo demás que se suele hacer con los tales; y estuvo así cinco meses, y al cabo de ellos, dice la historia, fue curado y libre, no solo del demonio que habia entrado en su cuerpo, sino de la soberbia y vanidad que se le entraba en el ánima.

Surio, *ubi supra*, cuenta otro ejemplo semejante, y dice que el santo abad Severino tenia en su monasterio tres monjes altivos, tocados de soberbia y vanidad. Habíales avisado de ello, y perseveraban en su falta. El Santo, con el deseo que tenia de verlos enmendados y humildes, pidió al Señor con lágrimas que los corrigiese y castigase de su mano con algun castigo que les humillase y enmendase. Y antes que se levantase de la oracion permitió el Señor que tres demonios se apoderasen de ellos, y los atormentasen réciamente, confesando á voces la soberbia é hinchazon de su corazon. Castigo proporcionado á su culpa, que el espíritu de soberbia entrase y morase en sujetos soberbios y llenos de vanidad. Y porque veia el Señor que ninguna cosa tanto les humillaria, estuvieron así cuarenta dias, y al cabo de ellos pidió el Santo al Señor los librase del poder del demonio, lo cual alcanzó, y ellos quedaron sanos del cuerpo y alma, y bien humillados con este castigo del Señor.

Cuenta Cesario, l. 4 Dialog. c. 5,

que trajeron á un convento del Cister un endemoniado para ser sano. Salió el prior, y llevó consigo á un religioso mozo de grande opinion de virtud, que sabia que era vírgen. Y dijo el prior al demonio: Si este monje te mandare salir, ¿osarás quedarte? Respondió el demonio: no lo temo, porque es soberbio.

Cuenta san Juan Clímaco, c. 24, que una vez los demonios malvados comenzaron á sembrar ciertas alabanzas en el corazon de un fortísimo caballero de Cristo que corria á esta virtud de la humildad; mas él, movido por inspiracion de Dios, halló un brevíssimo atajo para vencer la malicia de estos espíritus perversos, y fue, que escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes, conviene á saber: caridad perfecta, humildad profundísima, castidad angélica, oracion purísima y altísima, y otras cosas semejantes. Y cuando aquellos malos pensamientos comenzaron á tentarle, respondia él á los demonios: vamos á la prueba de esto, y leía todos aquellos títulos: Profundísima humildad; esa no tengo yo. Con profunda nos contentaríamos: aun no sé si habemos concluido con el primer grado. Caridad perfecta; caridad sí, pero no es muy perfecta, que algunas veces hablo á mis hermanos alta y sacudidamente. Castidad angélica; no, que muchos malos pensamientos, y aun muchos malos movimientos siento en

mí. Oracion altísima; no, duérmo-me, y distraígame mucho en ella. Y decíase á sí mismo: Despues que hubieres alcanzado todas estas virtudes, aun has de decir que eres siervo inútil y sin provecho, y por tal te has de tener, conforme á

aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor: *Cum feceritis omnia, quæ præcepta sunt vobis, dicite: Servi inutiles sumus.* Luc. xvii, v. 10. Pues ahora que estás tan léjos de eso, ¿qué serás?

## TRATADO CUARTO.

### DE LAS TENTACIONES.

#### CAPÍTULO I.

*Que en esta vida no han de faltar tentaciones.*

*Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia, et in timore, præpara animam tuam ad tentationem.* Eccli. ii, v. 1. Dice el Sábio: Hijo, si quieres servir á Dios, consérvate en justicia y en temor, y prepárate para la tentacion. El bienaventurado san Jerónimo, sobre aquello del Eclesiastés, iii, v. 8: *Tempus belli, et tempus pacis*: Hay tiempo de guerra y tiempo de paz, dice, que mientras estamos en este siglo es tiempo de guerra, y cuando pasemos al otro será tiempo de paz. *Et factus est in pace locus ejus.* Psalm. lxxv, v. 3. Y de ahí tomó aquella nuestra ciudad celestial el nombre de Jerusalem, que quiere decir vision de paz. *Nemo ergo se nunc putet esse securum tempore belli, ubi certandum est, et Apostolica arma tractanda, ut victores quondam requiescamus in pace*: Por tanto, di-

ce, ninguno se tenga ahora por seguro, porque es tiempo de guerra, ahora ha de ser el pelear, para que saliendo vencedores, descansemos despues en aquella bienaventurada paz. San Agustín, serm. 45 de temp., sobre aquello de san Pablo: *Non enim quod volo bonum, hoc facio*, dice, que aquí la vida del hombre justo es pelea, y no triunfo; y así oimos ahora voces de guerra, cuales son estas que da el Apóstol, sintiendo la repugnancia y contradiccion que la carne tiene á lo bueno, y la inclinacion tan grande que tiene á lo malo, y deseando verse ya libre de eso: *Non enim quod volo bonum, hoc facio, sed quod nolo malum, hoc ago. Et video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis.* Ad Rom. vii, v. 15 et 23. Pero la voz de triunfo se oirá despues, cuando, como dice el mismo Apóstol, este cuerpo corruptible y mortal se vista de incorrupcion é inmortalidad. Y la